LA PRECUELA
OFICIAL DEL ESPERADO
VIDEOJUEGO DE

BIOWARE™

MASS EFFECT™ ANDROMEDA

LA REBELIÓN DE LA NEXUS

JASON M. HOUGH | K. C. ALEXANDER

timunmas

LA REBELIÓN DE LA NEXUS

Jason M. Hough y K.C. Alexander

timun**mas**

Título original: *Mass Effect Andromeda: Nexus Uprising*

Primera edición: mayo de 2017

© 2017 Electronic Arts Inc. Mass Effect, Mass Effect: Andromeda, BioWare,
el logo de BioWare, EA y el logo de EA son marcas registradas de Electronic Arts Inc.

© Traducción de Traducciones Imposibles, 2017
Revisión de Héctor Tortajada
Asesores editoriales: Chris Bain, Mac Walters, John Dombrow

Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0458-6
Depósito legal: B. 8.247-2017
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters

Impreso en España por Egedsa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO UNO

Salir de la crioestasis debía llevar su tiempo. Era un proceso gradual. Poco a poco, el calor iría despertando células que llevaban siglos dormidas y devolviendo a la vida las conexiones neuronales.

Una solución de diversos fluidos sintéticos se iría mezclando con la sangre del individuo, variando progresivamente su composición a lo largo de varios días hasta que finalmente el cuerpo cruzara el umbral y despertara por completo. Cuando las constantes vitales fueran normales, una última solución de medicamentos sería administrada bajo la estricta supervisión de un especialista.

O algo por el estilo, la verdad era que Sloane no recordaba todos los detalles. Cuánto tiempo debía durar, cuándo y cómo debía empezar todo el proceso…, aquello era cosa de los técnicos que habían desarrollado las cápsulas de crioestasis. Ellos eran los expertos.

O eso se suponía.

Fuera como fuera el procedimiento, Sloane estaba segura de que despertarse abruptamente en medio del infierno no formaba parte del plan.

Alarmas.

Luces.

Todo parecía dar vueltas. Un ruido ensordecedor, el chirriar agudo del metal que se retorcía, penetró en sus oídos y lanzó un estremecimiento por todo su cuerpo.

Abrió los ojos.

A través de la ventanilla de la cápsula, Sloane vio una nube de chispas que la obligó a cerrarlos de nuevo mientras su cerebro lanzaba oleadas de dolor punzante a todos sus sentidos. Todo estaba envuelto en una cacofonía discordante de luz, ruido, movimiento, adrenalina… La cápsula se movía de lado a lado, produciéndole unas náuseas incontenibles y lanzándola contra los cuatro costados.

Sintió un intenso dolor en el brazo, lo que ayudó a su cerebro a despertar del aturdimiento. Fuera. Tenía que salir de allí. La cápsula estaba experimentando fallos multisistémicos. Parecía como si los anclajes se hubieran roto y el artefacto estuviera dando tumbos por toda la cámara. El aire que le llenaba los pulmones era insoportable, una mezcla demasiado cargada y caliente. Apestaba a sudor y a productos químicos.

—¡Fallo crítico! —gritó en medio de aquel espacio claustrofóbico, como si aquella alocución fuera a viajar atrás en el tiempo para recordarles a los ingenieros que instalaran un sistema de eyección en la cápsula.

Casi de inmediato, pudo escuchar un sonido suave y metálico en claro contraste con el infierno en el que acababa de despertar. La cubierta que la aislaba de la confusión reinante se despresurizó con un chasquido casi tan alto como las alarmas que sonaban en el exterior. Sintió cómo el aire se le escapaba de los pulmones, dejando en su lugar el sabor frío y estancado del ambiente que dominaba la cámara.

Fue entonces cuando percibió un nuevo olor: a ceniza.

Su visión doble fue poco a poco focalizándose en una única realidad, el humo. Había humo en el exterior. A su izquierda, algo estaba en llamas.

«Mierda. No es solo mi cápsula. Eso solo puede significar una cosa…»

Una salida tan abrupta de la crioestasis implicaba que su cuerpo necesitaría un tiempo para recordar cómo moverse. Su cerebro era incapaz de procesarlo todo. Cada célula parecía luchar y gritar como respuesta al ruido ensordecedor de las alarmas de incendio de la Nexus, pero la adrenalina que

su cerebro bombeaba a cada uno de sus miembros no conseguía sino retorcerlos en una serie de espasmos incontrolables.

Sloane dio una bocanada de aire y miró a través de la ventanilla de la cubierta. Las luces rojas parpadeaban.

La Nexus estaba siendo atacada. No había otra explicación posible. Aquella certeza por fin consiguió que su cerebro se concentrara.

Esa era la única razón por la que la Nexus la había despertado de aquel sueño programado de cientos de años. O quizá solo habían pasado unos pocos meses, puede que simplemente unas horas. No había forma de saberlo todavía.

Era la responsable de la seguridad de los miles de colonos que iban a bordo, la directora de seguridad de toda la maldita Nexus, y su deber era salir de allí y averiguar qué estaba sucediendo.

Su cuerpo recibió el mensaje, aunque no reaccionó como ella esperaba. Sloane cayó al suelo antes de que la cubierta de la cápsula se hubiera abierto por completo. Sintió cómo sus brazos y piernas se retorcían bajo un dolor agudo. Sus pulmones se expandieron inundados por una bocanada de aire cargado de chispas y humo.

Una arcada incontenible emergió desde lo más profundo de su sistema respiratorio.

Tosió. Los ojos le ardían por culpa del humo y del ambiente ácido de los productos químicos, aunque no tenía tiempo para tratar de recobrar el aliento. Luchó por ponerse en pie, obligando a su cuerpo atrofiado a reaccionar.

La cápsula de crioestasis era claustrofóbica, pero la sensación en el exterior era mil veces peor. La mitad de la cámara estaba a oscuras, iluminada solo por las luces de emergencia que temblaban y parpadeaban. «Las luces de emergencia no deberían hacer eso.»

El fuego y el humo envolvían los escombros que cubrían el suelo.

Sloane maldijo en voz alta, tambaleándose hacia delante y apoyándose en la cápsula que había al lado de la suya. Sorprendentemente, la ventanilla de observación estaba lo bastante

limpia como para ver el puño del turiano que golpeaba el cristal desde el interior. Kandros, uno de sus mejores oficiales.

—¡Aguanta! —dijo Sloane, su voz sonaba ronca por culpa del humo. Colocó la mano sobre el cristal y los golpes que venían del interior cesaron. Una voz sorda consiguió atravesar la barrera aislante de la cápsula.

—¡De prisa!

Probablemente con alguna blasfemia incluida.

Las cápsulas estaban diseñadas para abrirse con un temporizador, no manualmente. O al menos no por las manos de Sloane. No tenía ni la menor idea de cómo funcionaba aquel trasto, aunque no le quedaban más opciones. El puerto de conexión más cercano estaba al otro lado de la nube de chispas, y a juzgar por el humo y el fuego no parecía que fuera a serle de mucha ayuda.

Tampoco tenía la omniherramienta. La había dejado en el almacén, tal y como dictaba el protocolo. Los efectos personales no serían devueltos a sus dueños hasta que estos despertaran de la crioestasis y recibieran el visto bueno de los supervisores.

—Maldita sea —susurró entre dientes. Miró a su alrededor tratando de encontrar algo, cualquier cosa que sirviera para abrir aquel ataúd gigante.

El fuego iluminaba la cámara con un resplandor anaranjado, oscuro y dorado. Las siluetas de las demás cápsulas podían verse a través del humo; el personal que había en su interior luchaba por salir de ellas. Algunas se habían salido de sus anclajes y estaban en el suelo, pero Sloane no tenía forma de saber si sus ocupantes habían sobrevivido.

Cada segundo que pasaba era clave.

No había tiempo para sutilezas.

Se acercó a un montón de barras de metal y fragmentos de piezas que no reconocía. Estaban cubiertas de hollín y de una sustancia aceitosa, pero era evidente que algunas habían sido arrancadas de su ubicación original mediante la fuerza bruta. Algo las había golpeado.

Con el sudor recorriéndole el rostro, la mujer cogió una viga y volvió junto a la cápsula.

—Aguanta —dijo al tiempo que introducía el extremo de la barra en la ranura de la compuerta. Detrás de ella, en algún lugar, alguien gritó. Un sonido crudo y brutal. Sloane apoyó todo su peso sobre la barra para hacer palanca.

El metal chirrió.

La ventanilla de observación de la cápsula se agrietó, pero la cubierta no cedía.

—Vamos, maldición —gruñó al tiempo que cerraba los puños alrededor de la viga y empujaba con todas sus fuerzas.

En el interior, una mano con tres garras golpeó el cristal. Otro grito ininteligible, aunque Sloane captó el mensaje. «Resulta increíble», reflexionó en un rincón oculto de su mente, «cómo una emergencia es capaz de derribar las barreras lingüísticas.»

—¡Empuja! —gritó. Sloane tiró de la palanca con todas sus fuerzas al tiempo que el turiano empujaba la cubierta desde el interior.

Cuando la cubierta por fin se abrió, la fuerza del movimiento lanzó a Sloane contra el montón de escombros humeantes y rompió la cápsula en dos partes. La sacudida hizo que Kandros se desplomara junto a la directora en medio de un enorme estruendo. El turiano luchó por recuperar el aliento. Aunque su aspecto era terrible, no parecía encontrarse mucho peor que la propia Sloane.

«No ha cambiado nada», pensó.

—No hay tiempo para celebraciones —le dijo. Su voz apenas era un gruñido. Sloane se apoyó en lo poco que quedaba de la cápsula e hizo un gesto con la barra de metal—. Intenta salvar a todos los que puedas. —Fue una orden clara y directa. Las delicadezas no eran lo suyo. Los miembros de su equipo lo sabían y estaban acostumbrados.

Envuelto en humo, Kandros consiguió recuperar el aliento lo suficiente lo como para responder.

—Sí, señora.

Al igual que ella, el turiano vestía el uniforme oficial de la Nexus, adecuado y cómodo para una siesta de varios cientos de años pero totalmente insuficiente ante cualquier amenaza seria.

Sin mediar palabra, ambos se pusieron de acuerdo y se dirigieron a extremos opuestos de la cámara.

La preocupación de Sloane iba en aumento con cada paso que daba. ¿Habían sido atacados? ¿Abordados? ¿Habían conseguido siquiera salir de la galaxia?

¿Les había atacado Cerberus? ¿Piratas?

Y, de ser así, ¿qué había ocurrido con la escolta que debía acompañarlos hasta los límites de la Vía Láctea?

Por muy acuciantes que fueran aquellas preguntas, por el momento tendría que dejarlas de lado.

Sloane usó su abrelatas improvisado sobre todas las cápsulas que encontraba. Al sonido del metal le seguían jadeos de sorpresa y de esfuerzo, blasfemias y preguntas que no tenía tiempo de responder.

—La prioridad es sacar a todo el mundo de las cápsulas —le dijo a Talini, una de sus oficiales más experimentadas. Aturdida, la asari se esforzaba por mantenerse en pie.

«Hay que salvar a tantos como sea posible.»

Aquellas palabras se convirtieron en una especie de mantra silencioso, algo que Sloane repetía con cada nuevo rostro que sacaba de las cápsulas desvencijadas. Junto a aquella cámara se encontraba otra estancia de mayor tamaño en la que había civiles y tripulantes de menor grado. Le resultaba imposible saber si aquel otro lugar sería seguro. Todo estaba sumido en el caos. Al otro lado de la cámara, las chispas llovían sobre la asari mientras esta ayudaba a un humano a ponerse en pie; a su lado había otros dos tripulantes. Uno de ellos tenía el brazo retorcido en un ángulo imposible.

Sloane era incapaz de controlarlo todo pero confiaba en su equipo, de modo que centró su atención en las cápsulas que tenía a su alcance. En unos pocos minutos consiguió abrir catorce de ellas.

Solo salieron ocho ocupantes.

Dejó que la cubierta se cerrara sobre los restos de Cillian, un miembro de su propia unidad. Fuera lo que fuera lo que había atacado la nave estación había desatado una descomunal carga de energía sobre todos los sistemas. Por todas partes había convertidores chamuscados y cables humeantes. Muchas

de las víctimas habían ardido dentro de sus cápsulas sin ni siquiera poder luchar.

Llena de rabia, Sloane cerró la mandíbula con fuerza. Tenía las manos abrasadas y cubiertas de llagas por culpa del metal incandescente, pero nada de eso era comparable a la ira que ardía en su interior. Pasó por encima del ataúd de Cillian cegada por la injusticia de aquella tragedia.

No había muchos supervivientes. Kandros pasó junto a ella con un humano seminconsciente agarrado a su hombro. Un salariano que no llegó a reconocer trataba de tranquilizar a dos adolescentes en medio del caos reinante.

Un grupo de civiles aterrorizados emergió de entre el humo denso, cubriéndose la boca y la nariz con cualquier cosa que tuvieran al alcance. Manos, brazos, retazos de sus propios uniformes…

«Ya basta.» Recobró la concentración y escudriñó la pared en busca del interruptor del sistema manual contra incendios. Por fin lo encontró, envuelto en una nube de chispas que brotaban desde detrás del panel. Justo debajo, en un compartimento que casi había olvidado que existía, un extintor brillaba tras el cristal ennegrecido.

Sloane se abalanzó sobre él y pateó el cristal con fuerza solo para recordar, por las malas, que las botas de campaña no formaban parte del uniforme que les había sido asignado para la crioestasis. Una explosión de dolor se apoderó de su pie al tiempo que el cristal se rompía en mil pedazos que se esparcieron por el suelo.

¿Un dedo del pie roto? «Sí, como mínimo. Genial.» Sloane hizo caso omiso del dolor, cogió el extintor y se puso manos a la obra.

Una breve ráfaga sobre cada foco. La mezcla comprimida dentro del extintor comenzó a hacer efecto sobre las llamas y las chispas, haciendo que toda la cámara se oscureciera progresivamente. Bien. Podría vivir con eso. A su alrededor la gente tosía y gemía. Alguien gritó. Otro superviviente se desplomó de rodillas, vomitando.

Con cada nueva descarga del extintor, las muestras de dolor se fueron apagando. Los llantos y gemidos dejaron paso a

las muestras de preocupación de aquellos que intentaban ayudar a quienes se habían llevado la peor parte. Cada instante que pasaba le daba a Sloane más fuerza.

Sin saber muy bien cómo, en medio de aquel infierno de fuego y metal incandescente, todos los supervivientes habían acabado en la misma zona de la cámara. Sloane tiró al suelo el extintor vacío.

—Que nadie se separe del grupo —ordenó. Abrió las puertas con dificultad, introduciendo el hombro entre los dos paneles hasta que se deslizaron lo suficiente como para dejar pasar a los supervivientes. Cuando el último de ellos hubo salido, Sloane dejó que las compuertas se cerraran de nuevo tras ella.

Tenía el pelo apelmazado y la piel pegajosa por culpa del sudor, y los ojos le ardían a causa del humo. Con el cuerpo dolorido, se apoyó sobre la puerta que se acababa de cerrar. Un rápido chequeo le confirmó las heridas: dedo del pie roto y palpitante, quemaduras menores, contusiones y arañazos; nada que le impidiera seguir. Bien. Trató de recomponerse y examinó la antecámara. Estaba tranquila, como si el infierno que había al otro lado solo hubiera sido un mal sueño.

La salida, donde probablemente le esperaban más peligros, estaba al otro lado de la puerta que tenía frente a ella.

Conforme miraba a los rostros asustados y ennegrecidos que había a su alrededor, comprendió que menos de la mitad de los ocupantes habían sobrevivido. Demasiadas cápsulas.

Pero ya no había nada que pudiera hacerse, excepto llevar a los supervivientes a un lugar seguro.

Ya habría tiempo para lamentarse.

Kandros se pasó por la barbilla la manga desgarrada del uniforme, reclinándose sobre la pared. El turiano había tenido días mejores.

—Y bien —dijo alzando la voz sobre el sonido de las alarmas—. ¿Qué ha pasado?

Los miembros del grupo intercambiaron miradas, después dirigieron la vista hacia Sloane.

La directora deseó tener alguna respuesta plausible.

—No lo sé —dijo. Eso no arreglaría nada, de modo que señaló con el dedo hacia la salida—, pero es hora de averiguarlo.

—Sí —dijo el turiano al tiempo que levantaba la barra de metal y se la apoyaba sobre el hombro—. Imaginaba que dirías eso.